

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 15 de julio de 1874.

Núm.º 5.

IDENTIDAD

del Espacio y el Tiempo en un solo espíritu puro, constituyendo la naturaleza del Sér Supremo.

(CONCLUSION.)

«Mientras que la ciencia ha divinizado y diviniza á Dios, el catolicismo lo ha humanizado, *haciendo de él un hombre.*» Este es el espíritu de su libro. Despues dice, respecto á la naturaleza de Dios (1):—«Así es que al presente ya no es un sér humano, ya no es un personaje régio, lo que el ojo instruido descubre en el pináculo de la creación. Las ideas más elevadas que podemos tener sobre gerarquias y soberanias, y cetros, y tronos, han perdido por completo toda posibilidad de comparación con la idea divina .. Al pasar del dominio de los séres creados al del espíritu puro, la noción de Dios sufre una metamórfosis relativa y correspondiente á la noción de las fuerzas de la naturaleza. Esas fuerzas ya no son lazos materiales, y ni aún siquiera fluidos: Dios se nos presenta bajo la idea de un espíritu permanente que se encuentra en el fondo de todas las cosas. Ya no es el soberano que gobierna el mundo desde lo alto de los cielos, sino la ley invisible y eterna de los fenómenos. No habita ya un paraíso entre ángeles y elejidos, sino que la inmensidad infinita está ocupada por su presencia, ubicuidad inmóvil, toda entera en cada uno de los infinitos puntos del espacio, toda entera en cada uno de los instantes del tiempo...»

Confesamos que al llegar aquí de la lectura de Flammarion, nos conmovimos impresionados por los torrentes de luz con que nos inundaba, sintiendo en la vibración de los senos del alma que su teoría se identificaba completamente con la nuestra. No le faltaba, pues, á Flammarion sino concluir así:—«ubicuidad inmóvil, toda entera en cada uno de los puntos del espacio, toda entera en cada uno de los instantes del tiempo puesto que es el espíritu puro tiempo y espacio.»

Pero ¡ah! concluye con estas otras que nos dejaron confundidos:—«...ó por mejor decir, eternamente infinita, pues para ella (la divinidad) no existen ni el tiempo, ni el espacio, ni otro orden alguno de sucesion.»

He aquí un Dios *ideal dormido!*

No existiendo para un sér el tiempo ni el espacio, es preciso que este ser este entregado al sueño más profundo. Solo cuando se apodera el sueño de nuestros sentidos podemos decir que *no existe*, entonces, para nosotros el tiempo ni el espacio, por más que nosotros aunque séres dormidos existamos en el tiempo y el espacio. Ahora bien, remontando nos á Dios,—ó Dios es el mismo tiempo y el espacio, ó no se puede decir que no existe para si el tiempo y el espacio, puesto que no hay sér,

real ó ideal, que pueda prescindir del ser de los séres (tiempo y espacio.)

Si para Dios no existe el espacio ¿por qué segun Flammarion, *todo el espacio lo llena con su presencia?*—luego, Dios es el espacio mismo. Y si para Dios no existe el tiempo ¿por qué segun él *está todo entero en cada uno de sus instantes?*—luego, Dios es el tiempo mismo.

No,—contestará Flammarion;—porque Dios es un espíritu puro (ideal por supuesto) que está todo entero en el espacio y todo entero en el tiempo.

Muy bien,—en ese caso, la deducción no puede ser más satisfactoria para nosotros,—porque entonces *ese ideal*, tiene precisamente por naturaleza la realidad del tiempo y del espacio, ser de todo ser; excepto si *ese ideal puede ser independiente* de esa realidad ó naturaleza que consignamos.

Estar un sér todo entero en otro sér, (porque al fin el tiempo y el espacio son un espíritu puro); estar un sér *todo entero* en otro sér—repetimos—y *no existir* el primer ser para el segundo, eso no se concibe, á no formularse el caso de que el ser segundo careciese de comprension...;—circunstancias que no puede tener el Dios *ideal* de Flammarion porque seria el Dios más inadmisible que se pudiera concebir.

Un espíritu que está *todo entero* en la entereza espiritual de otro, ó es un mismo espíritu ó un logogrifo inesplicable; porque ¿quién *absorbe* á quién entonces? cuál sobra? cuál hace falta? cuál en rigor es? Si en mi *yo*, hay otro *yo*, habrá dualismo, cosa absurda tratándose de Dios: ó habria un *yo* que absorviera al otro, y en ese caso no habria en mi nunca más que un solo *yo*. Si en el espíritu (tiempo y espacio) hay otro espíritu todo entero, que llena y extingue para si la realidad del primero, entonces no existen ni el tiempo ni el espacio, no sólo para Dios, sino para todos los séres humanos, siendo así que hasta un ciego de nacimiento experimenta su evidencia.

Ah! convengamos en que el Dios *ideal* de toda la filosofía humana no es más que una quimera parecida al de aquel que buscaba sus anteojos para ver, y los tenia puestos.

Todos, todos buscan á Dios, y Dios está con uno, porque *somos en él* (Tiempo y Espacio), seres en su ser, espíritus en su espíritu,—sin que por más que hiciéramos nos fuera posible ocultarnos de su mirada que nos baña de luz intelectual ó espiritual, y á la vez nos bañamos en ella con más ó ménos aprovechamiento *por nuestra parte.*

He aquí la definición de Dios que dió San Pablo á los atenienses (1), que corrobora cuanto decimos:

«...no está lejos de cada uno de nosotros.»

«Porque en él mismo vivimos (2), y nos movemos (3), y somos (4).»

(1) Los Hechos de los Apóstoles, cap. XVII.

(2) El Tiempo, vida de toda vida.

(3) El Espacio.

(4) El Tiempo, ser de los seres.

(1) DIOS EN LA NATURALEZA. Lib. V, páginas 436 y 437.

Toda la filosofía humana, teológica ó no teológica, al indagar la naturaleza de Dios vá como la mariposa derecha á la luz, se acerca, entra en el círculo de su atmósfera, penetra en la llama, se quema...—pero no se prosterna ante la gran evidencia de las evidencias. ¿Por qué? He aquí el misterio; he aquí lo que nos separa de la generalidad.

Un ciego *siente* la existencia de Dios en su *naturaleza divina* el Tiempo y el Espacio, porque en ella vive, porque en ella se mueve y porque en ella es. El que no es ciego, *siente* también la existencia de Dios en su *naturaleza divina* el Tiempo y el Espacio, por las mismas razones, y lo *admira* además en su obra, la *Naturaleza humana*, ó mejor dicho la *creación*. Solo el *supremo* espíritu inmanente Tiempo y Espacio—lo increado—ES DIOS: todo lo demás—lo creado—*es su obra*. Desafiamos á la filosofía habida y por haber, que demuestre lo contrario.

Cuanto acabamos de exponer hasta aquí, respecto á la *Identidad del Tiempo y el Espacio*, lo tomamos de nuestra *Historia de Galicia* (tomo V, reinado de Carlos I); pero como en dicha obra no podíamos extendernos á más consideraciones sobre la naturaleza del Sér Supremo, las ampliaremos hoy más en esta *Revista*, tal como se agolpan á nuestra mente.

Los materialistas fundan su canto de negacion, respecto á la *realidad* de Dios, en que la astronomía, por boca de Lalande, les dice.—«Por todas partes examiné el cielo, y en ninguna he encontrado señales de Dios.»—Y en que la geología les dice lo mismo respecto á la tierra; y la botánica lo mismo respecto á las plantas.

Y siendo Dios (Tiempo y Espacio) espíritu puro ¿cómo lo hemos de ver material y determinadamente en el cielo, en la tierra ó en parte alguna? De ningún modo. Lo que es por esencia inmaterial, mal lo podemos ver *materialmente* en nada: como no lo veámos, no con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu, jamás conoceremos á la Divinidad. Si Dios, espíritu puro, no tiene forma ¿por qué lo habéis de buscar en las estrellas, ni en las flores ni en nada? Y sin embargo, el espíritu lo descubre en toda la creación, puesto que toda *es en él* (Tiempo y Espacio), y su esencia está en ella toda.

Basados en este error que combatimos en nombre de la razón, no sólo los materialistas como Büchner sino los espiritualistas como Flammarion, sin disgregar al creador de la creación, encuentran ámbas cosas tan identificadas en la *fuerza de atracción* y en un dinamismo inmenso, que ámbas escuelas científicas, van á parar al fondo del más determinado panteísmo. Nuestra teoría, tal vez sea la única, (ya científica, ya teológica, ya natural), que no incurre en ese panteísmo en que incurren todas. Nuestra fórmula es bien sencilla y evidente. Volvemos á repetirla:

«Cuanto hay en el universo, no puede existir sin el espíritu de Dios, Tiempo y Espacio;—y concebimos que el espíritu de Dios, Tiempo y Espacio, puede ser sin cuanto hay en el universo.»

Esta concepcion—que tan natural es para nosotros como para cualquiera—demuestra bien que el Creador es enteramente independiente de su obra, sin embargo de estar su obra en él *materialmente*, y él en su obra *espiritualmente*.

Autores de la teoría de la *fuerza directriz*—teoría que nada explica puesto que no pasa de ser una condición ó un *efecto*,—llevad á vuestros laboratorios á Dios (Tiempo y Espacio), y os desafiamos á que *aumentéis ó disminuyáis un instante* dado de tiempo en un *punto* dado del espacio. Os desafiamos á esa prueba: á que *hais más cantidad* espiritual de tiempo en punto alguno del espacio, ó *más cantidad* espiritual de espacio en instante alguno del tiempo. ¡Ah! os estrellareis ante la perfección de las perfecciones como lo es el espíritu puro Tiempo y Espacio, sér de los séres, *supremo sér* en fin; siempre *igual* en todas partes, ó lo que es lo mismo, siempre *igual* en sí propio: siempre inmenso en la eternidad del Tiempo! siempre eterno en la inmensidad del Espacio!

El día que la teología cristiana, intente rehacerse y recuperar todas las posiciones de que la fué y va desalojando la ciencia,—su base más firme ha de ser nuestra teoría, precisamente la más despreciable hoy para ella;—puesto que nuestra teoría está calcada en todas las afirmaciones deísticas del cristianismo, como vamos á ver.

Al revelar la existencia de un Dios *ideal*, y nada más que *ideal*, dice el deísmo católico.—«Dios es espíritu puro, y está en todas partes. No tiene igual ni mayor. Es eterno, único, inmenso, necesario, indivisible, inmutable, inmanente, omnipotente, increado, sabio, justo, infinito y principio y fin de todas las cosas.»

Nuestra teoría al revelar la *naturaleza real y efectiva* de ese Dios, no puede ser más científica, si la razón es la ciencia y la verdad la ciencia; pues al espíritu puro Tiempo y Espacio corresponde exactamente la idea general de esas infinitas perfecciones que el cristianismo atribuye á su Dios *ideal*.

Porque el Tiempo y el Espacio, es: *Espíritu puro*, en que carece de partes; pues aunque quisiéramos abstraer al Tiempo del Espacio es imposible, porque todo instante del Tiempo es en todo punto del Espacio y todo punto del Espacio está en todo instante del Tiempo;—y aunque quisiéramos considerar al Tiempo y al Espacio como dos entidades distintas, es también imposible, porque al depurar el Espacio de los fluidos ponderables é imponderables, al purificarlo en fin de todo vapor ó éter concerniente á la materia,—sólo quedaba el espíritu intrínseco y purísimo del *Es* del ámbito ó del *Es* divino, —con *centro* donde quiera y *circunferencia* ó *término* en nada. Por la materialidad de la creación podemos determinar *partes* al Tiempo y al Espacio; podemos decir desde Madrid á París hay tanta ó cuanta *extension* (en el Espacio), y necesitamos tantos días y horas de *duracion* (en el Tiempo) para ir de un punto á otro. Pero sin la creación, como no existía materia alguna, el compás del geómetra no tendría punto exacto ó convencional donde fijarse en ese ámbito purísimo é inmaterial del *Es*, ni el cronómetro punto de comprobación posible en el *Es* purísimo ó espíritu del ámbito.

Está en todas partes, en que la ubi-
cación del espíritu puro Tiempo y Espacio, no
puede ser más universal ni más permanente, pues
está presente en todo como *sér de todo sér*.

No tiene igual ni mayor, en que los millones
de millones de espíritus que poblaron, pueblan y
poblarán los mundos, si fuera posible refundirlos
en un solo espíritu para sustituir con él un solo
instante ó punto espiritual del Tiempo y del Espacio,
no podrían conseguirlo, ni intentarlo siquiera; por-
que en el espíritu puro Tiempo y Espacio no pue-
de haber más ni puede haber menos espíritu del
Espíritu Supremo que lo constituye.

Es eterno, en que la razón no puede encontrarle
principio ni fin, ni existencia superior en que sea
su existencia.

Es único, en que es contradictoria la existencia
de dos Tiempos y dos Espacios á la vez, y no hay
una sola intelectualidad que admita este bitemismo.

Es inmenso, en que es la inmensidad por exce-
lencia, sin límites posibles, ni concebibles siquiera,
y en que no puede haber inmensidad superior á su
propia inmensidad.

Es necesario, en que tiene en sí mismo la ra-
zón suficiente de su existencia, pues de nadie de-
pende el espíritu puro Tiempo y Espacio, y todo
depende de él como principio y fin de todas las
cosas.

Es indivisible, en que no es divisible espiritua-
lmente ningún instante del Tiempo ni punto alguno
del Espacio, por más que nosotros lo creamos flexi-
ble al compás y al cronometro, medidas materia-
les de la *estension y la duracion* (lo limitado),
pero no del Espacio y del Tiempo (lo ilimitado).

Es inmutable, en que no puede movilizarse de
un instante ó punto dado á otro instante ó punto de
su propia existencia, porque es *perfectamente
igual* en cualquier instante ó punto de sí mismo,—
condición que echa por tierra al antropomorfismo.

Es inmanente, en que el espíritu puro Tiempo
y Espacio es *por sí mismo*, reside inviolable en su
propia esencia ó naturaleza, y todo es por él y nada
puede ser sin él; es *de sí, por sí y para sí*.

Es omnipotente, en que produjo en su seno to-
das las cosas;—lo que supone además una inte-
lección suprema.

Es increado, en que es imposible concebir el
origen del Tiempo y del Espacio,—causa de todas
las causas ó origen de todos los orígenes.

Es sabio, en que este sér de los séres Tiempo
y Espacio, es el único espíritu puro que existe, y
la inteligencia es condición del espíritu, no de la
materia.

Es justo, en que es el juez de los jueces y la
justicia de las justicias,—juez y justicia que teme
más por instinto la conciencia humana que á los
jueces y justicias de la tierra. Si no fuera justo,
él que todo lo ve y todo lo conoce, la conciencia del
inocente no confiaría espontáneamente en otro
mundo mejor, y á la conciencia del culpable no le
aterraría impulsivamente esa sola idea, idea de
que trata de burlarse y que al fin le vence y le
ancada en esta misma vida.

Es infinito, en que no hay infinito posible que
no sea en su propio infinito.

Y es principio y fin de todas las cosas, en que
el espíritu puro Tiempo y Espacio, siempre fué,

siempre es y siempre será *per se*; y nada fué, na-
da es y nada será sin él.

Concluimos este artículo con la afirmación bá-
sica de nuestra teoría: la naturaleza de Dios la cons-
tituye el espíritu puro Tiempo y Espacio,—puesto
que sin *el Sér Supremo* Tiempo y Espacio no puede
existir *sér* alguno, y *él es la única cosa* que puede
ser y es por sí mismo, sin necesidad de nada;—
consignando á la vez que los que pretendan destruir
nuestras afirmaciones científicas, tienen que demos-
trarnos lo contrario de cuanto entrañan, esto es:

1.º Que puede ó pudo existir un *sér*, sea el
que quiera, sin Tiempo ni Espacio.

2.º Que el Tiempo es móvil, siendo así que
el *movimiento* en el universo es hijo de la *fuerza*
de la materia, y el Tiempo es inmaterial como el
Espacio.

3.º Que el Tiempo no es *sustantivo* y la eter-
nidad adjetivo, ó lo que es lo mismo, que la Eter-
nidad puede ser sin Tiempo, siendo así que el *es* del
Espacio es tiempo eterno, y donde hay espacio hay
tiempo, y donde hay tiempo hay espacio. Las vo-
ces *eternidad* é *inmensidad* no son otra cosa, res-
pectivamente, sino adjetivos del Tiempo y del Es-
pacio: decimos *la eternidad* aludiendo al Tiempo,
que es eterno, como decimos *la inmensidad* alu-
diendo al Espacio, que es inmenso.

4.º Que el Tiempo y el Espacio no constituyen
un solo y único *espíritu puro*.

5.º Que el infinito del Tiempo y del Espacio
puede tener otro infinito superior, siendo así que
el infinito del cálculo, por ejemplo, ó del número,
ó de nuestro pensamiento, relativamente, es *en el
infinito del Tiempo y del Espacio*, al paso que el
infinito del Tiempo y del Espacio es *por sí*, y para
ser no necesita del infinito del cálculo, del número
ó del pensamiento.—A propósito de esto, está tan
atrasada la ciencia sobre el infinito del Tiempo y
del Espacio, que la obra de Mr. Tiberghien *Teoría
del infinito*, apenas la podemos concluir de leer.
¿En dónde puede existir nada *fuera ó sobre* del
Tiempo, es del Espacio? Imposible. Donde hay es-
pacio hay tiempo, y donde hay tiempo hay espacio:
—que el Tiempo es la eternidad del Espacio, como
el Espacio la inmensidad del Tiempo.

Compréndanse bien esas *últimas* palabras nues-
tras: el que no las comprenda en toda su acepción
filosofica, no puede elevarse á la altura de nues-
tras manifestaciones, ni abordar por consiguiente el de-
bate con nosotros. Por lo mismo, —y como tregua
á nuestros artículos espositivos sobre la naturaleza
del Eterno,—en el número próximo empearémos
á insertar la refutación (inédita) del difunto obispo
de Mondoñedo, y en ella verán nuestros lectores
que nos era imposible contestarla de otro modo que
con el silencio, pues por sus vulgaridades teológicas
quedaba como quedó fuera de la órbita científica en
que giramos.

B. VICETTO.

21 de mayo de 1874.

SU MEMORIA.

Héme aquí como en medio del desierto
sin árboles, sin sombra, sin arrimo;

bème aquí sobre un océano sin puerto,
noche sin astros, furo, ni arrebol.

Pero esta noche eterna tuvo un día
y su rastro de luz quedó fulgente,
para cegar la deslumbrada mente
con la imagen fantástica de un sol.

Hubo un instante de placer, de gloria;
voló un instante el corazón al cielo,
y guardó el corazón una memoria
con que á su abismo descendió después.
¡Ah! que mejor el negro abismo fuera,
que de esa viva ráfaga sacado
ver cada instante el cielo iluminado
y más hondo el abismo ante los piés.

Fuera mejor del bárató profundo
sin término mirar la oscura cima
que la vision sublime de otro mundo
aparecerse al mundanal horror.

Y mejor bajo un túmulo de mármol
encerrarse al nacer, muerto viviendo,
que ver la luz, la soledad sufriendo
con un recuerdo celestial de amor.

Que emponzoña las horas de la vida
como á un precito la eterna ventura,
como un recuerdo de virtud perdida
que de pierda en un alma criminal.

Un cielo, una virtud... que yo perdiera
donde dejara una ilusion de gloria,
un mirar, un amor, una memoria...
la memoria quedó para mi mal.

Héla en torno de mí fascinadora,
reflejo fiel de su fatal mirada:
héla sobre mis ojos vengadora
de mi antiguo mi entono desdén.

Héla do quier de aureola resplendente
de nubes de éter y de azul coñida,
ángel, en los espacios suspendida;
ángel que guarda mi perdido Eden.

Y asida de mi eterno pensamiento
fija siempre sobre él, como él errante,
si forma adquiere, y vida, y movimiento,
y atmósfera, y perfume de deidad.

Como deidad la miro allá en su altura,
cada vez más de mi pasión lejana,
que no es dado tener al alma humana
con seres de otra esfera, sociedad,

Y solo yo en el mundo, ella en el cielo
fatiga mi vivir, no le acompaña.
Vela con mis delirios, cuando velo,
ocupa, si medito, mi razon.

Y mi sueño febril saccha, y viene
silenciosa á la crilla de mi lecho,
férrea mano á posar sobre mi pecho
que no deja latir mi corazón.

Sobre él entónces un recuerdo pesa
como si un mundo entero le abrumara,
cual si inmen a una lápida de busca
desplomara sobre él la eternidad.

Memoria de un placer nunca sentido,
memoria de deseos sin objeto,
memoria atroz que el corazón inquieto
no osa creer memoria de verdad.

Que no es entónces la vision radiante
que cruzó por la esfera de mi vida,
el día que su ángelico semblante
de inmortal resplandor la iluminó.

Que no es aquel mirar donde brillara
el astro al fin de mi tormenta oscura,
la frente en que leyera mi ventura
y un nombre, ¡ay Dios! que el cielo no escribió

Que no es la aérea arrebolada nube
del viento entre los árboles mecida,
silfide que del prado lenta sube
entre sombras y gás, y aroma y tül,

Que se desliza y pierde ante mis pasos,
sólo un mirar quedándole á mi noche,
robado á los cristales de su coche,
ó de los pliegues de su manto azul.

Que no es la sombra esbelta, trasparente
que de noche estival en altas horas,
miraba perfilarse vagamente
sobre la luz rojiza de un balcon.

Ni el eco de su voz, que allá lograba
distante percibir, ni aquella risa
que de su labio la nocturna brisa
llevaba hasta mi ardiente corazón.

No es genio de esperanza y de consuelo,
no es la ilusion de un porvenir de gloria,
el éxtasis purísimo del cielo,
el amor, la virtud y la hieldad.

Todo esto fué en vista... y su recuerdo
es la imagen de espanto que me oprime,
el triste acento que incesante gime
¡desengaño! ¡despecho! ¡soledad!

Tal la miré flotar sobre mi frente,
crespon de luto funeral colgando,
clavarme tu mirada indiferente
y á su region retroceder veloz.

Y un punto en mi fénélica congoja,
fuerza y valor cobrando del despecho,
la mano alzando del helado lecho,
así su manto y la llamó mi voz.

—«Deten, clamé; no busques esa altura
do contigo no vueta el alma mia.
Sé en imagen al menos mi ventura:
era tu imagen más que otra verdad.

Y aunque de luto, de terror vestida,
tu fantástica forma viene ahora,
aun ese luto y esa muerte implora
como el supremo bien mi soledad...»

«¿Por qué, dime, enojada á mi deseo
mi único bien conviertes en martirio?

¿Por qué el solo recuerdo que poseo
en vértigo me agita y convulsion?

¿Por qué á tu paso antorcha de mi vida,
la sangre de mis venas siento helada?
Por qué al clavarme esa fatal mirada
sangre destila, herido el corazón?»—

Vila á este acento estremecer el suelo
y severa plantarse y silenciosa:
vi al viento de la noche alzar su velo
y su aureola fosfórica apagar.

Dura sentí su lúnica ondulante,
fria mi mano que al borde asiera,
cual si mi voz maléfica pudiera
su vaporoso sér petrificar.

Sí, la misma vision, pero de roca;
el mismo su semblante, más de hielo;
los ojos sin cristal, muda la boca,
yerto, clavado su macizo pié.

Mas bajo el mármol retumbó un gemido
cual si rompiera de una tumba el seno,

y esta sentencia, al pavoroso trueno de sus inmóviles labios escuché:

— «Si un recuerdo es esperanza, el recuerdo es el placer que más la ilusión alcanza de la ventura que el ser.

Si, empero, el dedo divino cuando el bien te hizo mirar, sobre el libro del destino quiso tu dicha borrar,

Memoria te cupo en suerte como eterna maldición, más horrible que la muerte, que es la desesperación.

Y si sueño de tu gloria fué mi realidad allí, será siempre mi memoria aire ó piedra para ti.

Que solo puede ofrecerte un destino tu pasión, más horrible que la muerte, que es la desesperación.»

1840.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

—e—
TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL FEUDO DE LAS CIEN DONCELLAS.

III.

El sorteo.

Pasó un mes y llegó el día del sorteo, que como dije ántes fuera el primero de mayo de 791, el cual se celebró en la ciudad. Ferrando y Maria, presentaron sus siete hijas, y Servando su hermana, y los demás nobles y plebeyos las que tenían.

Era un placer doloroso ver tanta niña bellísima agrupada en un lado de la plaza, esperando el fallo de la suerte. Todas lloraban.

Al otro lado era de ver también tanto mozo robusto y gallardo, devorar con los ojos los individuos del concejo que detrás de una mesa que sostenía dos cantaros, iban á proceder al sorteo.

Allí no había un moro. Los moros habían de recibir las en el puente del Figueiral ó Peto Burdelo, que por entonces ya debía llamarse así.

Empezó por fin el sorteo... todos los padres, con el corazón despedazado y las lágrimas en los ojos, porque ya no volverían á ver más sus hijas en caso de tocarlas ir de esclavas... todos los hermanos con el corazón inquieto y una ansiedad mortal en el rostro... y todos los amantes participando de la actividad y mal sentir del tigre que se vé rodeado de cazadores.

Fueron nombrando algunas jóvenes: cuando le tocaba á alguna, un murmullo doloroso disparaba la multitud que se agolpaba por instantes en torno de la escena.

— ¡Ildaura Veigal gritó el que extraía los nombres del cantaro.

Ildaura Veiga era hermana de Servando, y el encanto de Alfonso.

Hubo un silencio mortal para escuchar lo que iba á seguir á aquel nombre...

— Número 7... gritó el que sacaba los números.

En seguida respiró el pueblo, se aumentaron las lágrimas de una joven más, y Servando apretó los dientes.

— ¡Servando!... murmuró Alfonso.

Servando ni le contestó ni le quiso mirar si quiera.

A Ildaura siguieron otras, y entre estas les tocó á Eugenia y Sancha, hijas de Ferrando y Maria. Así que á los cinco hermanos los poseía el furor más completo.

— ¡Memoranda Ferrando!... dijo la voz que penetraba como una flecha en lo más hondo del alma de todos los oyentes.

Hasta entonces no había llegado á su colmo el furor de Servando... toda la sangre se le agolpó á la cabeza y le flaquearon las rodillas.

— Número 1... contestó la otra voz.

¡Oh! entonces pareció estallar un motín, porque fueron tantos los que lloraron de dolor por la joven, pues por su hermosura y bondad se había adquirido las simpatías de todos... que no hubo uno que no lo sintiera profundamente.

¡Oh! entonces fué cuando Servando se volvió loco; salió de donde estaba, y quiso huir sin saber á donde.

Momentos después, las treinta doncellas, pálidas y llorosas, caminaron hacia Peto Burdelo. Un inmenso gentío las seguía llorando.

Cuando llegaron al puente, los moros se hallaban en él esperándolas con la satisfacción salvaje del opresor. Una á una las fueron recibiendo, sin atender á sus ruegos ni á sus lágrimas, sino á su belleza.

Cuando llegó Memorana, el jefe moro, sorprendido de su hermosura, quiso darla un beso.

Entonces... apareció allí Servando como por encanto; y mozo altivo y fuerte como el tronco de un roble, le descargó tan furiosa bofetada al bárbaro, que le bañó la boca en sangre, y lo derribó en el suelo.

Los moros que vieron esto, echaron mano á sus cortantes cimitarras y le embistieron á la vez con encarnizamiento.

Servando quiso hacer uso de un puñal que llevaba oculto, pero no tuvo tiempo, porque acosado por los moros cayó acuchillado... ensangrentado... muerto!...

El pueblo retrocedió horrorizado.

Pero hubo muchos mozos que sintieron hervir en sus venas parte de aquella animosidad de los antiguos céltigos, y se pusieron á tirarles piedras, porque no tenían otras armas con que atacar.

De repente, Alfonso aparece á la cabeza de ellos con la rama de higuera que había desgajado de un árbol, y detrás de él sus cuatro hermanos Pedro, Soiro, Ferrando y Arias. Los moros no eran muchos, porque como desde que se pagaba aquel tributo no había habido oposición alguna, en la confianza de que no tenían que temer no venían prevenidos para una contienda.

Entre los dos bandos prontos á despedazarse, se hallaba tendido el cadáver de Servando.

La vista del finado puso furioso á Alfonso.

—¡A mí... mis buenos amigos, ¡á mí! gritó con atronante voz.

Y se lanzó como un rayo blandiendo su disforme bastón de higuera, seguido de sus hermanos y de una porción de mozos cargados de piedras.

Los moros se vieron apurados, en ménos de tres minutos Alfonso había muerto á cinco á garrotazos, y sus hermanos mataban también á muchos, poseídos de la misma rabia, y los demas los apedreaban sin tregua.

Cejaron, pues, los moros con orden... y temiendo más y más aquella nube de palos y de piedras que avanzaba imponente sobre ellos, tuvieron que abandonar su presa con el objeto de verse libres.

Los esforzados valerosos rescataron las cautivas, y despues de haber perseguido á los moros con encarnizamiento, matando á muchos, tornaron al pueblo á dar gracias á Dios por tan feliz y patriótica hazaña.

De los cinco hermanos sólo quedaron Pedro, Alfonso y Soyro; Ferrando y Arias habían muerto en la lucha.

IV.

Cuando corrió la noticia de este hecho de armas tan espontáneo, unos labradores de Asturias, llamados Quirós y Milmandas, no queriendo ser ménos que los gallegos, se armaron como pudieron y salieron á los campos y les quitaron á los moros las prisioneras que llevaban, — por lo que Alfonso el Casto los hizo nobles, dándoles por armas, en memoria de aquella acción, cinco medios cuerpos de doncellas con una venera en los pechos.

En seguida sucedió lo de Simancas y Portugal... y los reyes moros de Córdoba le declararon la guerra á don Alfonso. Reunió éste sus huestes y salió al encuentro de los musulmanes, derrotándolos varias veces en diferentes batallas, y matando más de 120,000 moros, según algunos historiadores.

En seguida mandó llamar á los tres hermanos Alfonso, Pedro y Soyro á la corte: los hizo nobles; les dió haciendas, y por armas cinco hojas de higuera verde en campo de oro; y que Alfonso se llamase desde entónces Alfonso Figueroa (1).

A Pedro, Pedro Figueroa.

A Soyro, Soyro Figueiredo.

Pero Pedro, además de los blasones que le dió el rey, puso un juego de dados en un cartel de su escudo de armas, por ser el autor del pensamiento de sortear quien sería el primero de todos los seis que levantase el grito de rebelion.

—¿Y Memorana?... le pregunté al guia viendo que callaba.

—Memorana... me contestó, se volvió loca...!

—¡Pobre...!

—Pero despues curó, y entró de monja en el convento de Santa Clara de Betanzos.

—¿Y Alfonso se casó con...?

—Si señor; se casó con Ildaura, y vivieron dichosos: me contestó.

—¿Y cómo el ayuntamiento de Betanzos no le

vantó en este sitio alguna de esas pirámides que hablan á los siglos con tanta elocuencia?

—No entiendo, señor...

—Os pregunto, que, ¿cómo el pueblo de Betanzos no levantó en ese sitio...?

—Bien...

—¿Una columna que recuerde ese glorioso hecho?

—¿Qué quereis...! me dijo.

Y se encogió de hombros.

B. VICETTO.

1848.

IMAN.

Forman dos nubes una; dos aromas
forman sólo una esencia;
forman así dos candidas palomas
un nido de inocencia.

Si mi suspiro tu suspiro evoca,
si sientes mi embeleso,
si es tu boca un imán para mi boca...
¡déjame darte un beso!

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

1873.

LITERATURA GALAICA.

LOS HIDALGOS DE MONFORTE,

Hace tiempo que conocemos esta hermosa novela del Sr. Vicetto. Publicada en Sevilla por primera vez, tuvo la satisfacción su autor de ver agotada la edición. Reproducida despues en los folletines de varios periódicos, esperabamos con ansia el momento en que un editor se encargase de darla á conocer en el país para donde había sido escrita. Esta novela, que á la viveza de acción, que iguala al mismo Alejandro Dumas, agrega una diccion bastante correcta, está escrita con suma sencillez y poesia. Sus personajes son todos originales: nada hay de fuera: tipos, tradicion, costumbres, poesia, horizontes é impresiones, todo es de aquí, todo de esta pobre, pero para nosotros querida Galicia. Su argumento comprende una de nuestras más célebres revoluciones, desconocida fuera y en Galicia, apenas sabida sinó en conjunto, como un eco, nunca como una armonía. Pero el señor Vicetto devolvió á su país lo que era suyo, evocó la sombra ensangrentada del mariscal Pardo de Ceña, animó las variadas y terribles escenas de los hermanos de Galicia, dió vida al feudalismo, orgulloso pero lleno de pundonor, en la persona del conde de Lemos; y en medio de aquel cuadro historico, como prestándole perfume y poesia, se ve alzar la hermosa y pálida figura de Ildara de Courel, esa creación delicada y angelical, pobre flor perdida en un erial, muger llena de sentimiento y de ternura, condenada á vivir en un siglo entre unos hombres para quienes el sentimiento y la ternura, no eran más que debilidades de que debian avergonzarse

(1) Antiguamente las higueras se llamaban figueiras.

todos los que no fueran cobardes: esa hermosa figura, repetimos, es una verdadera creacion, parecida á una balada alemana, y por ella debemos dar las gracias y felicitar al señor Vicetto; puede haber en su novela personajes que se parezcan en alguna cosa á los de otros novelistas, pero Ildara, la verdadera heroina, es suya propia y debe tener orgullo de que sea la hija querida de su corazon y de su inteligencia. A no ser esta la figura más melancólica de este libro, y la más interesante, lo sería inudablemente la Iuca condesa Maret, ese tipo de mugeres ardientes pero llenas al mismo tiempo de un buen corazon que les lleva muchas veces más allá de sus deberes. Su esposo es una terrible figura: parece que contribuye á dar el claro-oscuro á aquel cuadro de siniestra interpretacion. Débil como un niño, sufre como un mártir bajo la pesada coraza del caballero lleno de honor y de cicatrices. Cacerías, paseos, torneos, conspiraciones, batallas, personajes misteriosos, nada falta: no parece sino que el autor nos ha querido sorprender desplegando ante nosotros todos los recursos de su imaginacion. Y vagando sobre todas las páginas como un ángel desconocido de los hombres, como un perfume, como una nube rosada pronta á caer sobre la tierra en rocío bienhechor, va a un suspiro de ardiente provincialismo, y se pierde el eco de una aspiracion santa, buena, que vive en el porvenir del pueblo que es el suyo, y que parece reflejarse después en todas las obras del mismo autor, del autor de *Christina*, en donde un personaje, que acaso es el mismo señor Vicetto, se ve á llevar en alas de su deseo y pone, obrero olvidado de propios y extraños, la primera piedra de la obra del porvenir de Galicia.

Los Hidalgos de Monforte, esa hermosa, valiente y decidida gente que compone la guardia de honor del poderoso conde de Lemos, cuyos sucesores tendieron más tarde una mano protectora al más esclarecido ingenio español, para que pudiese llevar á cabo la obra de que más orgullosa se muestra España; esos Hidalgos elegantes, enamorados y algún tanto bebedores, forman, digámoslo así, el nudo del drama. Amaro de Villamelte, el único personaje que puede alzarse al lado de la condesa Ildara, significa uno de esos hombres que prestaron á nuestros poetas de hoy el modelo de los pages que volaban locas de amor á las castellanas, mientras su dueño y señor iba á morir por la fé ó por su patria.

Amaro era esa figura, pero depurada, sin ninguna de esas falsas cualidades de que le han rodeado algunos dramaturgos: valiente y enamorado sabe pelear y vencer por la que ama, y sobre todo, sabe callar y morir por la muger que ama. Su hermana Isabel es otra figura interesante, tierna hasta la ceguedad, pero descartada del angelical misticismo que hace de Ildara de Courel un sér venido del cielo; ama, sufre y suspira en silencio; su hermano y su amante son su religion, pero el dolor que busca albergue en su pecho, no es bastante sino para hacerla llorar, para que pierda su valor y no corra allí donde la llama su deber ó su corazon.

Confusa y torpemente hemos hablado de la obra del señor Vicetto. Conforme nos vienen á la memoria aquellos dulces recuerdos que no nos

abandonan desde que leímos su libro, nos ocupamos de ellos indistintamente. Ya un personaje ya otro, todos vienen á nuestra imaginacion pero tocando en la imposibilidad de poder definirlos siquiera sea ligeramente, al menos con exactitud, nos privamos del placer de seguir á su autor en el curso de su novela.

Hija de nuestras montañas, la amamos por su agreste sencillez; ellos son nuestros hermanos, sus horizontes son también los nuestros, todo es de aquí, todo hermoso y querido para nosotros, la tradicion, la pintura, los nombres, todo en fin, como lo hemos dicho ya; personajes, creencias, aspiraciones, todo es de Galicia y para Galicia. En sus páginas se ve agitarse aquella terrible hermandad que deseando sacudir el yugo feudal, osaba también á destruir en nuestras montañas la monarquia de Aragon y Castilla al grito de *Deus fraterque Gallicae!*

Ya que se ha presentado esta ocasion, felicitamos al Sr. Vicetto por su obra y al editor por haber concebido la idea de publicarla, seguros de que Galicia se envanecerá de poseer esta produccion literaria, monumento de gloria no solo para su autor sino para ella propia.

MANUEL MURGUIA.

1856.

CANCION.

Ingrata de mi vida,
¿para qué me diste con los ojos
que era flor escondida
entre espinas y abrojos
el alma sin amor?

¿Para qué seductora,
fingió tu voz del alma enamorada
la fase aduladora,
que en aroma bañada
me inundó el corazon?

¿Para qué con artera
palabra cariñosa, me ofrecias
una existencia entera,
de esos rápidos dias
de gloria terrenal?

¡Ay! para qué muriendo
al llegar al amor de tu desvío,
no me olvides, sabiendo
que es tuyo el amor mio
por una eternidad.

EDUARDO GASSET Y ARTIME.

1856.

GALICIA PINTORESCA.

La colegiata de San Juan de Caabeiro.

I.

Fase histórica.

«Porque los descendientes de los griegos colonizadores de la region que dominaba Neda, salvando las aguas del Ladra y del Tamboga, llegaron hasta el gran *lubre* que los céltigos tenían en Lugo, y fundaron cerca de él un pueblo rural, llamado más tarde *lucus* por los romanos, aludiendo al bosque sagrado;

—y estos mismos griegos de la region norte de Galicia, fundaron tambien un templo famosísimo a los dioses *Cabiros*, donde hoy se halla la colegiata de Caabeiro.

Varias son las versiones sobre el culto que se rendia á estos dioses en la antigüedad, y sobre su origen están discordes los autores. Unos sostienen que el nombre de *Cabiros* comprendia muchas divinidades misteriosas; otros entienden que son los dioses penales importados por Eneas en Italia; otros suponen que eran las deidades que presiden á la muerte; otros que los dioses *Cabiros* son los Curetas, Coribantes y Dáctilos; y otros en fin, que son dioses verdaderos, hijos de Vulcano y de la ninfa *Cabira* ó de Júpiter, conviniendo, sin embargo, en que los pelagos los importaron en la isla de Samotracia.

Respecto al número de estos dioses *Cabiros*, la opinion más admitida los reduce á tres, Pluton, Proserpina y Mercurio; y aunque muchos anticuarios sólo admiten dos, Júpiter y Baco, es lo cierto que los sacerdotes de Samotracia contaban cuatro: Axieros, Axiocersa, Axiocersos y Camilus, que confundian con Pluton, Proserpina, Cérés y Hecate.

Las fiestas *Cabirias* se celebraban con tanta solemnidad como en los pueblos en que se instituyeron. Los de Italia invocaban los dioses *Cabiros* en sus infortunios domésticos; la gente de mar les hacia votos cuando corrían tormentas; y las viudas entonaban los orfeunos durante las ceremonias fúnebres: —en opinion de varios autores se practicaban actos obscenos en estos cultos misteriosos, celebrándose al efecto en los parajes más ocultos y sombríos de las encanadas. Precedian en la iniciacion de las fiestas *Cabirias* pruebas terribles y aterradoras: hechas éstas, el iniciado por el *trionismo*, es decir, la ceremonia de la entronizacion, era colocado en un trono radiante de vivisimas luces, llevando una banda de púrpura ceñida al cuerpo y una corona de oliva en la cabeza, mientras que en su derredor los sacerdotes y demás iniciados, giraban en danzas simbólicas.

Tal es lo que respecto á los dioses *Cabiros* nos refieren los escritores de la antigüedad; — y no otros no vacilamos en historiar que el famoso templo católico de *Caabeiro*, situado en un lugar profundo y sombrío de las orillas del Eum, ha sido fundado sobre el que tenían nuestros colonizadores griegos, pues su denominacion no puede ser más gráfica ni el paraje más apropiado para la celebracion de esos cultos misteriosos del politeísmo oriental. No busque, sin embargo, el anticuario en las ruinas de la colegiata cristiana como nosotros hemos buscado infructuosamente, señales evitentes del primitivo templo gentilico, puesto que el catolicismo ponía singular empeño en borrar con sus construcciones las construcciones religiosas de otras razas, sin dejar una sola piedra característica, signo alguno.

En comprobacion de nuestras afirmaciones, oigamos á Vereá y Aguiar, pues dice sobre esto: —«Volviendo á nuestra Galicia ¡qué memoria más clara puede presentarse de origen griego que el nombre de *Caabeiro*, que tiene un pais cerca de Puente deume? En la Samotracia habia los dioses *Cabiros*; en cuyos misterios fué á iniciarse Cadmo, y extendió este culto y el de los demás dioses de la Fenicia por los paises que dominó. No sólo el nombre de *Caabeiro*, que tenemos con el diptongo griego, sino tambien el sitio de la muy antigua colegiata que se distingue con aquel nombre, asegura este origen. Segun los misterios de la antigüedad gentilica, no podrá escogerse un lugar más á propósito para su falso culto: es tan profundo, que no se ve desde allí sino el cielo. La colegiata está sobre un peñasco rodeado enteramente de un río que se pasa por un puente; y apesar de la elevacion que tiene este peñasco, en vano se intenta di-

visar el mundo, alzando desde allí la vista. El haberse establecido en aquel punto un templo cristiano... despues de otro más antiguo, es la mayor prueba, junto con el nombre de *Caabeiro*, de haber estado en aquel mismo sitio el culto de aquellos falsos dioses; pues sabemos que la iglesia tuvo la política de establecer los templos del verdadero Dios en los lugares más célebres de la idolatria, para borrarla fácilmente en la concurrencia más pública de los fieles.»

Cuanto concluimos de consignar, lo copiamos del tomo II de la *Historia de Galicia* que estamos concluyendo de publicar, —y más bien del texto de la segunda edicion, corregido y aumentado, que preparamos para ver la luz pública. En cuanto a la antigüedad del templo cristiano, copiamos del tomo IV de la misma obra nuestra, —reinado de D. Sancho Ordoñez, siglo X, —lo siguiente:

«Como acabamos de historiar, se hallaba ya de obispo de Mondoñedo San Rosendo. Era Rodesindo II ó Rosendo, muy jóven para el cargo que desempeñaba, pues naciera en 907; pero como nieto del conde de Tuy y Oporto Hermenegildo, *qui Regio genere depropinquis erat* (1), é hijo del poderoso don Gutierre Menendez y de la condesa Ildara, habia recibido la educacion más distinguida que se podia recibir en aquella época, educándolo Sabarico II de Mondoñedo; —asi que en 928 lo vemos elegido para la misma silla. Dado á la vida contemplativa Rudesindo II de Mondoñedo, y amante del recogimiento y de la soledad, recorriendo su diócesis se prendó del lugar sombrío y sin igual de San Juan de Caabeiro, orillas del Eume; y determinó fundar una colegiata en aquel paraje, y sobre las mismas ruinas del templo gentilico levantado á los dioses *Cabiros* en la antigüedad. Y á esta colegiata, *ad monasterium S. Joannis de Cabero, quos edificaverat*, como dice el monje autor de su vida (2), se retiraba el obispo mindoniense San Rosendo á practicar ejercicios espirituales, huyendo del bulicio y de las pompas mundanales: *in Monasterio Caberi contemplationi vacaret, mundi pompis & vanitatibus renuntiari decrevit* (3).»

Tal es cuanto hasta el día podemos decir históricamente de la colegiata de San Juan de Caabeiro, hoy en ruinas; —ruinas que inmortalizó el pincel de nuestro celebre y malogrado ferro ano don Genaro Villaamil, tan apreciado por la reina Cristina; —ruinas sobre las cuales durmió lord Byron, tendiéndose sobre una piel de tigre que el ilustre poeta inglés siempre llevaba consigo en sus viajes, y que hoy posee el Sr. Rodriguez, magistrado y propietario de Redes, como regalo de aquel lord, á quien obsequió en el pais por venir recomendado á él en 1826, si no estamos equivocados; —y ruinas, en fin, que, hallándonos de Superintendente de la fábrica de moneda de Jubia, hemos visitado en 1869 con su dueño don Enrique Calvo (4), y que hubiéramos descrito con satisfaccion á no haberlo hecho antes con admirable exactitud arqueológica y delicado colorido geológico la pintoresca pluma de otro escritor ferro ano, como van a ver seguidamente nuestros lectores.

1874.

BENITO VICETTO.

II.

Fase arqueológica.

Entre los varios monumentos antiguos que existen en Galicia, demostrando sus gloriosas tradiciones, debe ocupar uno de los más preferentes lugares el que

(1) Privilegio de Alfonso V. —Yepes. T. V, Escrit. 5.
 (2) Vida de San Rosendo, cap. I, España Sagrada, T. 18.
 (3) Idem, cap. II.
 (4) Como se declararon bienes nacionales, pasaron al dominio particular.

hoy es objeto de este pequeño opúsculo. Muchas son las personas que, excitadas por la curiosidad ó por el amor al estudio, pasan á visitar este antiguo y solitario templo, ya casi relegado al olvido, pero que por su rara situación y por los recuerdos históricos que á su vista asaltan nuestra mente, no podrá nunca dejar de atraer las miradas del filósofo y del arqueólogo. Yo rendí también un humilde culto á este deseo, y con otros amigos fui á visitar el derruido templo de *Caabeiro*, corriendo una de esas caravanas, que hacen olvidar por un momento siquiera los sinsabores de nuestra agitada existencia.

Era una deliciosa mañana del estio, y los fulgores de un sol purísimo comenzaba á ostentarse en el horizonte, momentos después del alba, cuando ya nos hallábamos en la puerta principal de la plaza de Ferrol, dispuestos á marchar, aprovechando la suave brisa del aura matinal. Emprendimos el viaje por la carretera general; y disfrutando del pintoresco vergel que presentan las campiñas de la ría, con sus variados sembrados, salpicados con arroyos y caprichosos saltos de agua, llegamos á la altura de la Mourela cerca de la cual confluyen las carreteras general y provincial que están en construcción. Allí no pudimos dejar de contemplar un momento el magnífico paisaje, el cuadro encantador que á nuestro frente teníamos. La vista de la espaciosa ría; la de los establecimientos públicos y particulares que se ostentan en el Puente de Jubia; una gran parte del Ferrol y de sus arsenales en lontananza; más cerca el célebre y antiquísimo monasterio de Jubia, situado en las riberas opuestas, y como á nuestros piés la villa y puerto de Neda, con el delicioso valle que la circunda, era el vasto y risueño panorama que, enriquecido con el sonido de las campanas de los templos, con el sencillo canto de grupos de lugareños que acudían á las labores de los campos, y con la pintoresca vista del humo que exhalaban las casas de la campiña y de los establecimientos de Jubia, formando en el espacio variadas y caprichosas ondulaciones, nos ofreció uno de los momentos más felices que el hombre puede disfrutar. Eran las cinco de la mañana; y tomando la carretera particular que conduce á la famosa fábrica de tegidos del *Royal*, situada en una pintoresca esplanada dominada por una elevada colina, tuvimos el gusto de contemplar la magnífica vista que también presentan los sencillos, pero elegantes departamentos de este interesante establecimiento industrial, ya alumbrado de noche con gas; y que por su importancia y extensión, puede considerarse como una pequeña y naciente población, animada con el bullicio de sus telares y talleres. Habíamos andado ya doce kilómetros, y nos faltaban nueve para llegar al escondido templo de *Caabeiro*. Dejando á un lado el río *Belelle*, que sirve de fuerza motriz á la indicada fábrica y á otros establecimientos industriales, después de despeñarse por la renombrada catarata de la *Fervenza*, emprendimos la marcha subiendo por las ásperas montañas que de allí conducen á aquel santuario. La escena había variado completamente. Ya no había carreteras, y á nuestra vista se presentaba una transformación casi instantánea.

Los magníficos panoramas de que acabábamos de disfrutar, fueron repentinamente sustituidos por una serie de escarpadas colinas, donde toda vegetación muere, para producir únicamente abrojos, que sirven de pasto á variados rebaños de cabras y corderos, salpicados por aquellos silenciosos yermos, casi deshabitados y desiertos. Pero no por eso deja también de ser curiosa é interesante, la vista que se disfruta en estos solitarios y agrestes lugares, aunque bajo diferente aspecto. Allí cesa el bullicio de las poblaciones y de las fábricas, y sólo se oye el rumor de las brisas, que cruzan rápidas por entre las peñas

de las colinas más elevadas, transmitiendo los ecos del balido de los rebaños, confundidos con los rústicos cantares de sus pastores. Para el hombre pensador todo ofrece atractivos é interés en la creación, y el aspecto de esas largas y solitarias montañas, donde parece que uno está separado del mundo, preparan la imaginación, y le inspiran serias y elevadas contemplaciones.

Después de haber atravesado con bastante trabajo los montes de *Cabalar*, por senderos casi impracticables para las caballerías, llegamos al fin á descubrir los altos y notables cerros que esconden en sus profundidades las ruinas del templo que era objeto de nuestras investigaciones; y después de dejar á la izquierda la iglesia parroquial de la Capela, llegamos á la cumbre de aquellos cerros, donde nos apeamos. El panorama que desde allí se descubre es hasta imponente. Sólo se vé una rápida hondonada, que parece una grande y profunda grieta abierta entre aquellas altas montañas; pero á la vez disfrutamos de una vista pintoresca en el momento que, bajando por un sendero de rápida pendiente, pudimos ir fijando la atención hácia aquellas profundidades. Los costados escarpados que las circuyen, están casi cubiertos, desde la cima hasta el pié, de árboles y arbustos frondosos y lozanos, con una precoz vejetación, que forma un raro contraste con la aspereza que acabábamos de ver hasta la cumbre. La distancia que hay desde esta á la profundidad, puede calcularse en dos kilómetros. Hasta bajar una tercera parte de esta senda, nada percibe la vista, más que un laberinto de árboles y arbustos en todas las laderas, pero allí, desde una especie de meseta que forma el sendero, distinguimos ya allá en la profundidad las techumbres del templo, llenas de malezas y confundidas con ruinas de edificios colaterales.

Seguimos bajando, y más adelante fuimos percibiendo, desde varios puntos, la vista de un río que silenciosa y alternativamente se presentaba y perdía á nuestros ojos, lo mismo que el solitario edificio, según las diversas direcciones que iba tomando el sendero. Aquel río es el caudaloso *Euma*, que, naciendo en las vertientes meridionales de los montes de Gistral en la provincia de Lugo, corre en su curso una distancia de 60 kilómetros, enriqueciéndose con las aguas de varias vertientes y de infinidad de ríos de más ó ménos consideración; y después de bañar la villa de las Puentes de Garcia Rodriguez, desemboca en la ría de Ares, siendo cruzado desde su nacimiento por varios puentes, y por último, por el famoso de *Puentedeume*, que tiene 32 arcos y una extensión de 1,254 metros, y en cuyo punto es navegable, pasando las barcas por los arcos más inmediatos al pueblo.

Al primer golpe de vista el templo de *Caabeiro* parece que está inmediato á este río; pero bajando más, y cuando ya nos hallamos en línea horizontal con aquel derruido edificio, entonces es cuando el cuadro es más sorprendente: entonces vemos la realidad, y observamos, que desde la colegiata hasta el río, hay una gran distancia aún, y que este antiguo edificio, construido entre la profundidad de aquellas altas montañas sobre un elevado peñón, rodeado y bañado por el *Euma* y por otro riachuelo nombrado *El Sesin*, que despeñándose por el cerro del N. se le une, no tiene otra entrada que una lengüeta de tierra ó istmo por la parte del N. E. Los demás lados del peñón, quebrados casi perpendicularmente, forman derrumbaderos profundos é imponentes.

Un puente de buena sillería y de robusta construcción, levantado sobre *El Sesin*, dá entrada al peñón por el pequeño istmo, y por esta vía entramos en la colegiata, cuya fábrica es también de sillería. Si bien la entrada general de estos edificios es por el

E., donde se halla la torre, la puerta principal de la iglesia está al O.: al lado derecho de esta puerta se vé una figura antiquísima, y bastante tosca, esculpida en la misma piedra con un libro abierto en las manos, y en las molduras de la propia puerta se ostenta la efígie del Cordero con su cruz y banderola y debajo la insignia ó Cruz que usan los caballeros de la órden militar y hospitalaria de San Juan de Jerusalem. Sobre la puerta hay una ventana que dá luz al coro. La iglesia es de una sola nave: tiene de extension 12 metros y 540 milímetros de longitud, por 4,180 ídem de ancho. En el coro hay una sillería de madera con nueve asientos, en cuyo centro aún existe un antiguo facistol; y sobre el costado derecho vimos una balconada, continuacion de la del coro, donde acaso estaria el órgano. El retablo del altar mayor es muy antiguo: está decorado y en buen estado de conservacion. Sobre la puerta del Sagrario se vé de medio relieve la figura de una ave con tres polluelos al pié. Despues del Sagrario se ostenta la efígie de Santa Isabel, reina de Ungría, con otras más pequeñas de San Pedro y San Pablo; al lado derecho se vé la imágen de San Juan Bautista, patron de dicha iglesia, y al izquierdo la de San Agustín, obispo, á cuyo órden de canónigos reglares pertenecieron los de esta colegiata. El altar consta de cuatro columnas, y sobre el ático se vé un escudo de las armas de Leon y Castilla, con la corona de la casa de Austria. Los altares colaterales se hallan destruidos. Dentro del templo hay varias sepulturas, y la principal que está inmediata al altar mayor, tiene una losa con un timbre heráldico. Debajo de la sacristía llaman la atencion varios subterráneos, con muy fuertes y pequeñas divisiones que parecen calabozos, sin luz ni más aire, que el que pueda entrar por la losa que en la sacristía se levanta para bajar á ellos; con la circunstancia de notarse un tubo de agua que de la sacristía pasa á los mismos. Debajo del gran patio que hay á la entrada del edificio, vimos otros tres calabozos de dimensiones mayores, y con luz y rejas al exterior. En la torre, que es del órden toscano, no existen ya campanas, y á su entrada hácia el N. vimos arruinada una capilla, en cuyo altar leimos esta inscripcion: «Año de 1623: hizose este retablo por mandado de los superior y canónigos de este Monasterio.» La construccion de esta capilla, asi como la de la torre, se conoce que son obras mucho más modernas que las de la iglesia principal, de la cual están independientes, aunque dentro del recinto ó átrio. Lo mismo sucede con los edificios derruidos que se hallan al frente de la puerta de dicha iglesia, y que sin duda serian las casas celdas del prior y canónigos en los últimos tiempos, pues que la casa que sirve de entrada principal y que habrá sido primitiva habitacion, denota la misma antigüedad que la iglesia.

El conjunto de edificios y átrio ocupa exáctamente todo el perimetro del elevado peñon sobre que están cimentadas. de suerte que al rededor de la iglesia, por la parte N., hay sitios donde apenas se encuentran tres piés de firme, sin precipitarse por aquellos profundos derrumbaderos.

El célebre S. Rosendo, obispo que fué de Mondoñedo, habia ejercido ántes, por bastantes años, la dignidad de prior ó abad de esta colegiata. Como recuerdo de su larga estancia en este solitario templo, se conservaron en uno de los altares laterales, un alba viejísima y un caliz de forma antigua, con que celebraba misa el Santo. El labrador, único guardián hoy de este edificio religioso, solia dar á los viajeros que lo visitaban algun pequeño fragmento del alba, como especial reliquia; pero en el año 1834, en la visita que hizo el actual arzobispo de Santiago á cuya diócesis pertenece este templo, recogió dichas reliquias

llevándolas para su mayor seguridad á aquella iglesia metropolitana, donde existen en la capilla nombrada de las Reliquias. El mismo labrador nos refirió la piadosa leyenda, que de S. Rosendo viene conservándose por tradicion entre los habitantes de aquellas comarcas. «Asomábase un dia el Santo, nos dijo, á la ventana de su celda, á la sazón que una terrible tempestad oscurecia el cielo, y exclamó: «¡oh, que dia tan malo!» Arrepentido en el acto de este dicho, que miró en su rígida piedad como una punible murmuracion contra los decretos del cielo, arrojó al Eume su anillo abacial, pidiendo á Dios lo volviese á su poder cuando le hubiese perdonado aquel pecado. Siete años se pasaron, al cabo de los cuales el cocinero de la colegiata fué á dar parte al santo abad, de que estando aderezando un réo, (1) especie de pez de bastante magnitud de que abunda el rio Eume habia encontrado en su vientre un anillo. S. Rosendo al reconocer el suyo, dió gracias al cielo por los favores que le dispensaba.»

Es singular el aspecto que ofrecen las ruinas de Caabeiro en un paraje tan desierto y apartado. Desde el patio ó atrio principal, se goza de una vista pintoresca y variada hácia el rio, y por cualquier otro lado que se mire aquel valle, rodeado por todas partes de elevadas montañas, pero bajando de la colegiata á las márgenes del Eume, entónces el panorama es más sorprendente; porque el templo que, al bajar las cimas de los montes nos parecia confundido en el fondo con el rio, se nos presenta desde este punto á una altura tal, que parece querer disputar la elevacion á los cerros que lo dominan. Es sorprendente y magestuoso el espectáculo que allí admira el viajero, y que hace recordar las ermitas de la Tebaida, al ver un sitio tan á propósito para dedicarse á la vida contemplativa. Estando allí, parece que se halla el hombre separado del mundo, pues no hay á las inmediaciones casa ni lugar alguno. Los más cercanos son los de la Capela, y para subir al más próximo, es indispensable trepar por medio de varias vueltas una cuesta de más de dos kilómetros de altura. Allí sólo se oye el sordo rumor del Eume y el estrépito de los saltos de agua, que rápidamente se despeñan por la montaña del N.

Al asaltar á nuestra mente una idea, el efecto que en aquel olvidado recinto debian producir, de dia, de noche, y lo que es más aún, en medio de las tempestades, los ecos de los cánticos sagrados que, en tiempos pasados ya, se entonaban en este escondido templo, nuestra imaginacion se extasiaba, contemplando en el vasto campo de la filosofia y de la historia el grandioso espectáculo que teniamos á la vista.

Pero ¿quién fundó este establecimiento religioso? nos preguntamos: ¿cuál fué su origen? ¿qué su objeto en este sitio? ¿cuál su historia? Sólo sabemos que esta colegiata era de real patronato; que constaba de siete dignidades, á saber: un prior y seis canónigos, los cuales ejercian á la vez el señorío espiritual y temporal de la antigua jurisdiccion de Caabeiro, compuesta de las 17 feligresias que hay en sus contornos, nombrando en ella alcaldes y escribanos. Sabemos tambien que á últimos del siglo pasado, mandó el Gobierno, con acuerdo del Papa Pio VI, suprimir esta colegiata para trasladarla con todas sus rentas á la iglesia parroquial de Ferrol; porque la grande afluencia de gentes, con motivo de las obras de sus notables arsenales y de la reunion de las respetables fuerzas de mar y tierra que se aglomeraban á esta importante plaza, hacia preciso el aumento

(1) Los reos ó salmones famosos de Caabeiro, eran puestos en la mesa de los Reyes, como presentes enviados por los canónigos de esta antigua colegiata, que tenían el privilegio exclusivo de la pesca.

de templos é institutos en esta naciente poblacion; pero que causas que no son de este lugar entorpecieron la realizacion del pensamiento. Sabemos que desde entónces no se provistió prevenda alguna, depositándose las rentas de las que iban vacando, para con su importe atender á dicha traslacion, y que el último canónigo don Miguel Mon aún vivia en el año de 1806: sabemos igualmente, que el producto de dichas rentas pasó posteriormente á los fondos de la audiencia de la Coruña, cuyo real acuerdo era el que tomaba y aprobaba las cuentas á su administrador especial nombrado por el rey: y por último sabemos que á virtud de la ley de 1841, declarados los bienes como del clero secular, fueron enagenados á particulares á excepcion del templo, que reservó la *Comision especial de monumentos históricos y artísticos* de la provincia de la Coruña, para que se conservase segun se halla. Pero de su origen nada hemos podido averiguar de un modo auténtico, perdiéndose como otras varias fundaciones, en la oscuridad de los tiempos.

Sin embargo, vista su advocacion y las insignias esculpidas en las molduras de la puerta de la iglesia primitiva, asi como el órden interior de la antigua casa que hoy sirve de morada al labrador guardian de este templo, y recordando que la órden religiosa y hospitalaria de *S. Juan de Jerusalem*, de que es gran maestro el rey, patrono que tambien fué de esta colegiata, tuvo por principal origen la fundacion de institutos religiosos y benéficos, para proteger y custodiar por los caminos y asperas de los montes á las innumerables caravanas de peregrinos, que en los primeros tiempos de la iglesia venian por todas partes y de todas las naciones á visitar el sepulcro de *Santiago*, librándolos de las vejaciones que sufrían por las correrías de los moros, que á veces invadian los caminos de Compostela; y siendo tambien muy significativo que la regla de *S. Agustin*, que tomaron los *Sanjuanistas*, fuese la misa que observaron los canónigos de esta colegiata, nos preguntamos: ¿si será este uno de los muchos establecimientos que deben su origen á aquella y otras órdenes, igualmente religiosas, militares y hospitalarias, levantadas en los primeros siglos de la iglesia para defender y propagar la doctrina del Salvador?... ¿Si fundados en esta misma opinion algunos escritores, quisieron hacer subir su creacion á los primeros siglos del cristianismo pretendiendo aún que *San Juan de Caabeiro*, fué la primera iglesia que en Galicia tuvieron los cristianos, discipulos del *Apostol Santiago*?... ¿Si sería este el secreto retiro, de que nos hablan las crónicas, donde la piedad de los gallegos tuvieron oculto el cuerpo del *Zebedeo*, como un tesoro escondido, por el gran peligro que amenazaban las guerras religiosas en los primeros siglos del cristianismo?... Otras personas doctas y más competentes en los anales históricos y religiosos, podrán con mayor copia de datos ilustrar esta cuestion.

JOSÉ MONTERO Y ARÓSTEGUI.

1857.

VENDRA.

No sé euando ni cómo; una locura
será tal vez mi anhelo,

pero, aún muertas mis bellas ilusiones,
vive mi fé... y te espero!

CLARA CORRAL.

Santiago—1874.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON VICTOR LOPEZ SEOANE.

Este distinguido naturalista, nació en Ferrol el 29 de octubre de 1834, siendo sus padres don Vicente Lopez de Santiago y doña Juana Seoane de Pardo-Montenegro.

Por lo general, la vocacion á las profesiones se manifiesta en las criaturas con vigoroso empeño desde los primeros años, y por lo mismo no se extrañará que el amor á la naturaleza en el Sr. Lopez Seoane, se manifestase en su niñez ostensiblemente, pues á los nueve de edad poseía una numerosa coleccion de animales vivos, los cuales educaba haciéndolos vivir juntos, aún á los de instintos más opuestos. Esa misma vocacion, ese mismo impulso que podemos considerar como la fuerza directriz de la predestinacion, ese mismo interés vivísimo por las cosas de la naturaleza que en nuestro amigo parecía congénito y que lo es aún en el día,—hizo que á los once años, alentado por los conocimientos que distinguían á su padre, se dedicase á la desecacion y empezase á formar las colecciones que hemos admirado más de una vez.

Destinado por su familia á ingresar en la marina de guerra, empezó á estudiar matemáticas en la academia de don Manuel Muñiz; pero su amor á las ciencias naturales le impelió á emprender los estudios universitarios, realizándolos en 1847 en el instituto de Tuy, donde cursó el 2.º de filosofía, en razon á ganar el 1.º por riguroso exámen. En 1846 continuó en Santiago, y en 1852 en Madrid hasta el de 1858 que, con objeto de estudiar las producciones naturales de Andalucía, cursó aquel año en Granada como punto de partida para sus excursiones.

El Sr. Lopez Seoane recorrió toda la Andalucía, ya solo ya en compañía de los aventajados profesores Amo, Sainz, Prolongo, Campos, el alemán Standinger y otros.—recogiendo notables y abundantes colecciones de plantas, animales y minerales. Más tarde, recorriendo las montañas de su pais natal, completó en mayor escala sus conocimientos científicos,—siendo desde entónces como naturalista, una gloria galaica y una significacion europea, pues como se verá figura su nombre en las academias más distinguidas de Francia y Alemania.

Nosotros, que hemos estado siempre atentos al movimiento intelectual de Galicia en esta época de gran desenvolvimiento científico y literario, no hemos perdido de vista la figura eminente del Sr. Lopez Seoane desde que la vimos perfilarse en el horizonte de las glorias pátrias;—y aunque caminábamos por distintas sendas, como el objetivo de ambos era uno, esto es, levantar muy alto el nombre de Galicia por lo mismo que se la miraba con menosprecio, ambos identificados en espíritu, ambos

contraímos la amistad más pura. Impulsados los dos por aquel fin tan noble como patriótico, nuestras inteligencias no podían menos de adherirse sin confundirse: él, como naturalista, y nosotros como poetas: él estudiando en los apartados desfiladeros de nuestras montañas queridas los animales, las aves y las flores; y nosotros interrogando á sus ruinas y arrancándoles el secreto de las pasiones políticas de la edad media que, palpitando dentro de las cámaras de los palacios teocráticos y solariegos, dierran por resultado aquellas tristes y elocuentes manifestaciones. Como no perdíamos, pues, de vista á nuestro amigo en el mundo del pensamiento; como estábamos en correspondencia sobre la vida intelectual del país; como sus trabajos, en fin, nos alhagaban extremadamente alhagando á la vez á todo buen gallego,—de aquí que podamos trazar su semblanza, sino con brillantes tintas, si con caudal de datos.

Proeuremos, pues, dar una idea, bosquejar en breve lienzo los trabajos de nuestro naturalista galaico y los títulos de honor que tiene á la consideración pública.

En 1850 el Sr. Lopez Seoane remitió al señor Planellas gran parte de las especies que cita en su *Flora fanerogámica gallega*.—por más que este señor cometiese la censurable injusticia de pasarlo en silencio. En 1852 desempeñó la cátedra de botánica superior en el museo popular de Madrid, donde concurrieron á explicar eminencias del saber como el Dr. Mieg, director del real gabinete de física;—cautivando el Sr. Lopez Seoane la atención de sus alumnos, que le doblaban la edad, por sus trabajos y explicaciones micográficas, novedad tanto más acoñada cuanto que estos estudios no eran aún practicados en las escuelas: á la vez que esto tenia lugar, cursaba las facultades de ciencias y medicina, era redactor de un periódico, y aumentaba sus ya buenas colecciones.

En 1861 perteneciendo ya el Sr. Lopez Seoane desde el 55 á las sociedades antropológica española y entomológica de Francia,—lo vemos dedicar á la real academia de ciencias de Madrid el «*Catálogo de las aves observadas en Andalucía*,» cuya obra leímos en el núm. 6.º del tomo 14 de la «*Revista de los progresos de las ciencias exactas, físicas y naturales*.»—Y en este mismo año, empezó á publicar en Santiago la inestimable obra «*Fauna mastológica de Galicia*, ó historia natural de los mamíferos de este antiguo reino, aplicada á la medicina, á la agricultura, á la industria, á las artes y al comercio,—de cuya obra, terminada en 1863, nos ocupamos entónces y se ocuparon los demás periódicos del país, elevando á la mayor altura el nombre de nuestro naturalista galaico.

Infatigable nuestro distinguido amigo en ilustrarnos respecto á las cosas del país, cuando en 1866 le creímos descansando de los desvelos de su Fauna, nos sorprendió agradablemente con su bellísima *Reseña de la Historia natural de Galicia*—Lugo, 1866;—trabajo, si se quiere, no menos importante para la ciencia que el anterior.—Y en este mismo año, excitó igualmente nuestra atención con su *Catálogo de las colecciones ornitológicas* regaladas por él al Instituto de Pontevedra, clasificadas segun los últimos adelantos, especi-

cando el número de ejemplares, pátria y abundancia ó escasez de cada especie.»—publicado en la *Memoria* acerca del estado del mismo Instituto; en donde se lee mucho notable sobre Galicia.

Precisamente, por esto último, por el amor del Sr. Lopez Seoane á su suelo natal como hombre de ciencia, es por lo que más se eleva á nuestros ojos Galicia tan abandonada en todo, Galicia tan desconocida en todo, Galicia tan menospreciada por las demás regiones peninsulares por lo mismo que estaba abandonada hasta de sus propios hijos y era desconocida para los extraños,—Galicia tuvo en él una de sus más indisputables glorias, pues consagrándose nuestro distinguido amigo á enaltecerla con su talento superior, recorrió el oscuro velo que ocultaba sus preciosidades naturales. Por eso enueñamos con predilección, ántes que otras obras suyas, las que del Sr. Lopez Seoane se refieren á Galicia; por eso bajo este punto de vista, estará siempre nuestro naturalista galaico fuera de todo tiro de la envidia, y brillará siempre como una luminosa constelacion en el cielo intelectual de nuestra pátria; y por eso, en fin, nos ocupamos de él con un placer inmenso al enunciar sus trabajos respecto al país, al paso que desfallece nuestro entusiasmo cuando tenemos que ocuparnos de sus trabajos extraños al territorio natal.

Porque—no se crea que el Sr. Lopez Seoane se ocupó exclusivamente de Galicia como hombre de ciencia. El Sr. Lopez Seoane fué redactor de varios periódicos de Madrid y provincias, y colaborador de las siguientes obras: *Elementos de Zoología*, de Perez Arcas, obra de texto de la facultad de ciencias; *Manual de Piscicultura*, por Gralls; *Criptogamas de España* por Texidor; en varias obras de botánica de Colmeiro; *Insectos nuevos ó poco conocidos de España*, por Perez Arcas; *Malacología española*, por Hidalgo; *Memorias del mapa geológico de España*, por Gralls; y en fin, en cuantas publicaciones científicas de alguna importancia ven la luz es invitado á contribuir con sus conocimientos.

Por último—el Sr. Lopez Seoane fué nombrado (1862) profesor de física y química é historia natural, del Instituto de la Coruña, cuyos gabinetes y colecciones dirigió y fundó;—obtuvo repetidas veces las gracias de real órden por las numerosas é interesantes colecciones que regaló á las universidades de Santiago y Madrid, é instituto de Pontevedra;—como individuo de muchas sociedades científicas y literarias, pertenece á la Geológica de Francia, á las Entomológicas de Stettin y Berlin, á la de naturalista de Altemburgo y á la real é imperial de naturalistas de Viena;—y mereció por sus notables trabajos y descubrimientos científicos que le dedicasen algunos objetos que llevan su nombre, entre los cuales figuran el *Dorcádion Seoanei*, descubierto por él en las montañas de Leon, que le dedicó el Dr. Graells, y el *Cebrio Seoanei* que con otra multitud de especies gallegas remitió al Sr. Perez Arcas y á otros naturalistas.

Nadie es profeta en su pátria, se viene diciendo desde la más remota antigüedad,—y con arreglo á esta senténcia universal el Sr. Lopez Seoane apenas es considerado y distinguido en el país como eminente naturalista; pero, en cambio, lo considera y lo distingue el mundo científico, pues sos-

tiene relaciones activas con los más aventajados naturalistas, entre ellos Dufour, Fairmaire, Degland, Gougelet, Standinger, Steindachner, Brehm, Apetz, etc.; — y nosotros en su honor y por honor de Galicia, le consagramos esta página de gloria para alentarle en sus trabajos científicos, llevando á la vez la primera piedra al monumento de su nombre.

Como Galicia es tan desconocida, no sólo de los extraños sino de sus propios hijos, la *Revista Galáica*, que tiene por objeto iluminar, siquiera como un faro, las nebulosidades que la envuelven ocultando á la vez las producciones científicas y literarias de las inteligencias del país, — dará á conocer los trabajos del Sr. Lopez Seoane, empezando hoy por su *Galicia Zoológica*

B. VICETTO.

Julio de 1874.

EL MURMULLO DE LAS OLAS.

Dime, dime, si lo sabes,
hechicera pescadora,
que por lo pura me encantas
y me encantas por hermosa.
Tú que juzgando en la playa
tranquila pasas las horas
mirando tu rostro bello
retratándose en las ondas,
que con su amoroso beso
el enano pié te mojan
cuando buscas en la arena
caracolillos y conchas
con esa mano más blanca
que lo blanco de tu toca...
¡Ay! dime si lo sabes
hechicera pescadora,
¿qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

Marinero, marinero,
el de la melena blonda,
el de los ojos azules
galán de las pescadoras.
Tú que sobre el mar naciste
y en el mar cifras tu gloria
cuando sus cristales cruzas
sentado sobre la popa,
dando suspiros al viento
por la virgen que enamoras,
que alegre sale á esperarte
cuando a tus hogares tornas
para repartir contigo
la pobreza de su choza,
y allí premiar tus afanes
con el beso de su boca...
dime, dime, marinero,
sácame de esta congoja...
¿Qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

Dime, tú sér misterioso,
que en mí sér oculto moras,
sin que adivinar consiga
si eres realidad ó sombra.
Angel, muger ó delirio,

que bajo distintas formas
á mis ojos apareces
con la noche y con la aurora,
y á todas partes me sigues
solicita y cariñosa,
y en todas partes me buscas.
y en todas partes me nombras,
y estás conmigo si velo,
y si duermo en mi reposas,
y si suspiro, suspiras,
y si triste lloro, lloras...
¡Oh! dime lo que tú lo sabes...
dime, vision tentadora,
¿qué les dice á los que sufren
el murmullo de las olas?

¡Nadie, nadie me responde!
Mis preguntas les enojan,
¡Todos con risa sarcástica
del pobre loco se mofan!
Dime tú, mar sereno,
el de las azules ondas,
el de las mil armonías
sublimas y misteriosas,
el de brisas refrescantes,
el de tempestades roncacas,
tesoro de mil tesoros,
sepúlcro de tantas glorias;
tú que me ves á tu orilla
en ti meditando á solas,
por sondear el misterio
con que mi espíritu asombras...
ó desata, mar, tus iras
y estréllame en una roca.
ó dime lo que me dicen,
con su murmullo las olas.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

Vigo—1857.

GALICIA ZOOLOGICA.

LOS LOBOS.— Género *Canis*, Linn.

Tres falsos molares superiores, cuatro inferiores y dos tuberculosos detrás del carnicero de la mandíbula inferior; lengua suave al tacto; cinco dedos en las extremidades torácicas, cuatro en las abdominales, armadas todas ellas de uñas robustas, aceradas y puntiagudas, no retractibles.

Las especies de este género son las más temibles por su arrojo y fuerza; y entre ellas, se encuentra la más amiga del hombre, el perro, que es su compañero inseparable, obediente y fiel.

El Lobo comun.—*Canis lupus*, Lin, Vulgar gall., lobo, y en algunos puntos de la montaña Xan (Juan). Es bastante frecuente en toda Galicia.

Descripcion. Semejante por su tamaño y formas á un mastín, con la diferencia de tener las orejas tiesas, cola péndula y el color pardo ceniciento ó gris leonado, los adultos con una raya negra en las patas anteriores. ojos oblicuos, brillantes; iris leonado, amarillento. Me aseguraron haberlos visto en el país, enteramente blancos, y otros con man-

chas blancas en mayor ó menor número, lo que establece el tránsito al albinismo.

Historia. El lobo es el animal más temible de nuestro país; habita en las sierras, especialmente en las provincias de Lugo y Orense, en el Courel, Las-Puentes, Tuy, Sierra de Requeijo, Castro Calderas, La Carba y otros puntos de Galicia, poblados por extensos bosques.

Mucho se ha escrito y aún más discutido acerca del origen de los perros y lobos; muchas opiniones más ó ménos fundadas surgieron de tales debates, pero en definitiva nada se pudo adelantar. Buffon se esfuerza por separar al lobo del perro, que á su vez Linneo caracterizó, no hallando otro motivo para esta separación, que algunos caracteres físicos. El perro tiene la cola encorvada hacia la izquierda, al paso que el lobo la lleva constantemente tendida; por este carácter si bien de alguna importancia cuando nos referimos al lobo en estado salvaje, pierde toda su fuerza observado en domesticidad. En el verano de 1842, existía en París una loba cogida al lazo, que viviendo constantemente entre los perros, adquirió la costumbre de encorvar la cola y ladrar como sus compañeros, (1) cuyo hábito toman todos los perros salvajes en estado de domesticidad, pues en el caso contrario, tan solo ahullan. (2) Cuvier nos dice haber notado que la cabeza del lobo es un tanto más abultada que la del perro; (3) pero no podrá dudar ningún naturalista que haya cotejado las costumbres de estas dos, tan mal llamadas especies distintas, que son enteramente iguales y que aún los perros que se encuentran en numerosas bandadas en la América, de cuya semejanza con los domésticos no podemos tener la menor duda, participan en un todo del carácter de los lobos. ¿En qué pues, establecer las diferencias? ¿En los caracteres anatómicos?: no existe otro que el consignado por Cuvier, y es e no es suficiente; porque entonces las diversas razas de perros constituirían otras tantas especies, ¿En su propagación?: también es idéntica. ¿Cuál, pues, será el carácter diferencia, típico, que sirva de línea divisoria?: no vemos ninguno; pero siguiendo la marcha trazada por la ciencia, adoptaremos la especie, por más que se resista á nuestra razón.

Algunos naturalistas modernos admiten estas dos especies, tan solo como razas ó variedades. En el jardín de Plantas de París se obtuvieron de lobos y perros individuos igualmente fecundos, y los aldeanos de Galicia tienen la convicción de que las perras se unen en la época del celo á los lobos. He conocido en Tuy á un labrador, que tenía dos cachorros cuyo aspecto más era de lobo que de perro; habiéndole participado mi observación, me contestó que, la madre tenía la costumbre de salir al monte durante la noche, pasando ocho y diez días sin volver á la casa, y que una noche, un lobo la vino á buscar hasta la puerta; de suer-

te que, en su concepto, los dos cachorros eran hijos de un lobo y la perra. (1)

El Sr. marqués de Almeida ha tenido dos cachorros, hijos de lobo y perra, los cuales fueron criados en el corral de su casa de campo, como podría hacerse con dos mastines. Un día el criado salió al monte y los animales le siguieron como de ordinario, pero habiéndose éste dormido, al despertar halló que los perros acometieran al ganado, matando algunas reses, que se ocupaban en devorar en aquel momento. El criado lleno de espanto se levanta, trata de marcharse sin ser visto de tan sanguinarias fieras, pero ellas apercebidas, le siguen como si tal cosa hubiera sucedido.

Ya de muy antiguo se viene sosteniendo que el lobo es el perro en estado salvaje, que si bien no ladra, ahulla, como éstos, y que se junta en la época del celo, produciendo hijos igualmente fecundos. (2)

El lobo es un animal muy temible, pero no tanto como se quiere decir, pues jamás se le ha visto atacar al hombre, sino al verse muy acosado, herido ó en los rigurosos inviernos, cuando se halla excesivamente hambriento; aguanta mucho las fatigas, asegurando algunos autores, que anda en una sola noche cuarenta leguas, y permanece sin tomar alimento por algunos días. Pero séanos permitida la duda, en lo de las cuarenta leguas, al ménos interin los que tal hecho refieran no digan como pudo seguirse al lobo, ó de que medios se valieron para comprobar tan extraordinaria observación. No queremos volver á los tiempos fabulosos de los griegos de cuya credulidad ya se lamentaba Plinio (3), á pesar de que el mismo refería cosas maravillosas. Durante la noche, sale de los bosques para dedicarse á la caza, retirándose ántes del amanecer para ganar la espesura y fragosidad de donde partió; pero si por casualidad al volver, fuese sorprendido por el hombre ó los perros, emprende la fuga á todo correr, y cuando ostigado por todos lados se vé en la precisión de rendirse, no lo hace cobarde y humildemente; por el contrario se revuelve á todos lados, despliega todas sus fuerzas y se defiende con valor, con desesperación hasta el último momento, vendiendo muy cara su vida á los enemigos, sin producir ni el menor chillido de dolor.

Si el hambre le acosa demasiado, lo que no es raro durante el invierno, abandona las malezas to-

(1) Son conocidos estos híbridos, con el nombre gallego de *lubi-can*; *Can*, es contradicción de la voz latina *canis*. De sentir es, que una lengua tan rica como la nuestra, esté completamente descuidada por los filólogos, y más aún que, el *glosario* del P. Fr. Martín Sarmiento y su *Onomástico* no se hayan publicado. «En este, se han de colocar las voces gallegas por el *orden y clase* de las cosas. V, g. La clase de *Aves: Animales, Peces, Vegetables, Insectos, Mariscos*, etc., etc. En breve. El *Onomástico* ocupará toda la *Historia Natural*: y el *Glosario* las voces sueltas.» Carta inédita dirigida á su hermano Xavier. Madrid y octubre 21 de 1761. Cuanto dato curioso referente á la historia natural gallega contendría este interesante trabajo!

(2) Aristóteles. 9. de *Historia Animalium*. C. 28.

(3) Trad. de Huerta. Lib. VIII cap. XXII. folio 173 vuelto.

(1) D'Orbigny. Obra citada. Tom. 3. pág. 540.

(2) Lugar citado. pág. 338.

(3) *Leçons d'anatomie comparée*, publiées par Dumeril, Laudillard et Duvernoy, deuxième édition. Paris, 1835-1846.

mismo de noche que durante el día, pero antes de dejar la espesura se detiene, tiende la vista á derecha é izquierda, toma vientos en todas direcciones, y despues de cerciorado de que no tiene ningun peligro que temer, se dirige en busca de algun rebaño: hallado que sea, despliega toda su sagacidad para no errar el golpe, indaga si hay perros, que fuerza podrán tener, observa el terreno con toda escrupulosidad y la posicion que ocupa el pastor. Tomadas que sean todas las precauciones, se desliza con mucha cautela por entre las malezas, se fija en el animal que más le convenga lanzarse sobre él, lo arrastra hácia si y huye con su victima por más que el pastor, los perros y cuantos le salgan al encuentro, le persigan, voceen, ó le disparen sus escopetas.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

(Se continuará.)

SUSPIROS DE AMOR.

BALADA.

I.

Cuando el sol llega á occidente
y plega la flor su broche,
cuando se inclina tu frente
sobre la almohada luciente
porque ha cerrado la noche,
¿no sientes sobre el albor
de tu rostro encantador
algo de arrullo y rocío...
fresco, puro, halagador?
pues es un suspiro mio.

II.

Cuando el alba plateada
su cabellera preciada
extiende desde el oriente
y orla de fulgor la almohada
donde descansa tu frente,
¿no sientes, niña, en tu lecho
de azucena, leve frio
que pasa raudo, deshecho...?
pues es un suspiro mio,
otro suspiro del pecho.

III.

Cuando sola algun momento
te encuentras en tu aposento
en las tardes de verano,
y vaga tu pensamiento
ya del cielo al océano,
¿no sientes sobre tu sien
sutil soplo abrasador?
pues eso, mi dulce bien,
es un suspiro de amor
que te dirijo tambien.

IV.

X si suspira por ti
siempre mi alma amorosa,

¿por qué no me quieres, dí?
¿por qué no tienes ¡oh rosa!
sino espinas para mí?

BENITO VICETTO.

Toledo 1862

LA BARONESA DE FRIGE.

VIII.

Una cita para las Furnas.

Devoré aquel desaire en las profundidades de mi espíritu, y proseguí caminando cerca de ella.

Aldivisar unas pocas casas sobre el alto de un monte erizado de peñascos, en vez de dirigirme á mi la palabra, le preguntó al guía:

—¿Qué pueblo es ese?

—Fornelos — contestó el guía — *donde chulan as cabras é choran os demos.*

La baronesa se rió como una loca del dicho del guía, que no era una ocurrencia picaresca de él, sino una locucion del pais aneja á aquel lugarcito áspero y sombrío.

Yo, quise terciar en la conversacion.

—Señora baronesa — le dije — ¿no es verdad que es asperísimo ese terreno y le sienta bien cuanto dicen de él?

Piedad, volvió la cabeza hácia mi, me miró con extrañeza, como si le hubiera hablado un necio, y no me contestó nada.

Yo bramaba de corage. A cada desprecio de la baronesa, sentia el hielo de la muerte en lo más hondo de mis entrañas.

¡Ah, Florentina! Aquella mujer te vengaba! Cuanto padeciste *serviéndome* tu á mi, cuanto padeciste con los arranques de mi génio rudo y violento, yo lo iba á empezar á purgar con aquella muger que, ángel ó demonio, me cautivaba de una manera encantadora.

Se extendia el camino por aquellas montañas formando mil y mil sinuosidades. Unas veces, ascendiendo en espirales peligrosas, dominaba las mesetas más iluminadas, y otras descendiendo rápidamente, se abismaba en las profundidades, encajonado entre las zarza-moras de las houdas, profundas *corredoiras.*

En una de estas revueltas, á pocos metros de la costa, mi caballo emparejó tanto con el de la baronesa, que el suyo empezó á encabritarse como queso de aquella descortesía.

—Ya lo vé V., señor German — me dijo Piedad — está V. muy desgraciado hoy.

—Por qué, señora? — pregunté turbadísimo.

—Y me lo pregunta V? — Yo creí que debía entender las insinuaciones de mi caballo.

Yo me quedé confundido: me comparaba á su caballo! Desgraciado, desgraciado de mí!

El terreno que cruzábamos era cada vez más accidentado, y su superficie aridísima apenas dejaba elevarse alguno que otro arbusto. Hasta el cielo aparecía revestido de un color ceniciento, que infundia pánico.

Hácia el lado en que el mar estrellaba con impo-nente fereza sus ondas de móvil y centelleante plata, veíanse grutas enormes que parecían innaccessibles.

—Qué grutas son esas? — preguntó la baronesa al guía.

—Son las Furnas, señora; contestó aquel.

—Las Furnas!

—Las Furnas, señora: así las llamamos en el pais — prosiguió el guía.

— Eso — dije yo — la denominacion esa de furnas, vendrá de *fornos* ó cavidades.

La baronesa no me hizo caso, como si le disgustara aquel arranque de filología.

— *Fornos!* — exclamó el guía — ni los mismos demonios cocerían ahí el pan.

— Por qué no? — dije yo — para los diablos no hay nada imposible.

— Si hay — contestó el guía: — para Dios si que no hay nada imposible; pero para los diablos, es otra cosa.

— Tiene razon el guía — exclamó la baronesa sonriendo.

Y yo volví á mordirme los lábios de coraje. Seguimos andando.

— Vamos á ver las furnas — dijo la baronesa al cabo de unos momentos.

Y se dirigió hácia la costa, seguida del guía.

Aquella volubilidad, aquella ligereza de caracter parecerá inverosímil, pues á mi propio me lo parecia.

Yo los seguí tambien, desentendiéndome de la comitiva, como si solo ella me atrajera como el iman al acero.

La baronesa, que lo observó, me dijo:

— Señor German, puede V. seguir al frente de la servidumbre: yo iré sola con el guía.

Obedeci, y me volví al camino.

Dios mío! aquel nuevo desaire me atarazaba el pecho. Estuve por gritar, *voy por que quiero ir*, recobrando mi perdida autonomia; pero entónces, una vez declarado conde de Amarante, adios emociones, adios mi idealismo, adios todo, además del ridiculo que caeria sobre mi por la supercheria ó farsa insólita que representaba.

Incliné la cabeza sobre el pecho, bajo el peso de aquella repulsion de Piedad, — y esperé á la caravana que formaba la servidumbre entre aquellas asperezas, para incorporar-me á ella.

Entretanto, el fuego, los rayos de mis pupilas seguían á la jóven baronesa y al guía, — maldiciendo sus escentricidades ó romancescos caprichos.

Cerca de la costa, vi que Piedad se apeaba en un paraje donde no habia arenal alguno, y que el guía amarraba su caballo al tronco de un nogal. Después, sólo quedó visible para mi el caballo, y ellos desaparecieron subiendo y bajando por las inmediaciones del acantilado.

Mi situacion era aflictiva, al verme reducido á un papel secundario en una aventura peligrosa. Yo, génio ávido de emociones, verme postergado de aquel modo, era una cosa que no podía sufrir.

Al calor de mi excitacion aventurera del momento, al impulso poderoso en fin de mi ardor indómito por lo desconocido, en un arranque de mi génio turbulento me lancé con mi caballo hácia la costa, pero dirigiéndome á distinto punto que se dirigiera la baronesa.

Llegué cerca de la orilla del mar, espí, y á nadie veía y ni nadie me veía. Más aún, ni distinguí los caballos como ántes,

Entónces, até el mio al tronco de un árbol cercano, y me dirigi resueltamente hácia el acantilado, con ánimo de saborear más de cerca la variabilidad de impresiones de la baronesa.

Pero nada, nada distinguí entre los peñascales de la orilla, desde Toba á Lires.

¿En dónde se ocultaba la baronesa con el guía? Si este fuera más jóven de lo que era, hubiera tenido celos de él, en la sobrecitacion poderosa que me dominaba.

¿Se habrian internado ya en las furnas y por eso yo no los veía? ¿Qué hacer? ¿Registrarlas todas? Y si me encontraban ¿cómo justificar mi presencia allí, altando abiertamente á las órdenes de mi señora?

Confieso que por un instante llevé las manos á la frente como si la sintiera abrasada: — era que yo mismo, apreciando juiciosamente el ridiculo de mi situacion, hasta me cria indigno á mis propios ojos.

Bajo la impresion de esta idea, volví súbitamente junto á mi caballo, monté en él y me diriji al alcance de la comitiva; pero al atravesar una esplanada á todo escape, entre Boasilbeiro y Loalo, lugares ya pertenecientes á Santa Leocadia de Frige, me detuvo la voz de Piedad, casi á mi lado.

— Señor German... señor German.

Aquella voz, aquella aparicion angelical cerca de mi, cuando yo la creia tan lejos, en las *furnas*, me impresionó agradablemente. La baronesa entrara en la esplanada á la vez que yo, apareciendo por una de aquellas encrucijadas tan frecuentes en las sinuosidades de Toba, frente al cabo de la Nave, y cabalgaba hácia Frige seguida del infatigable guía.

— Señor German... — volvió á decirme, viendome inmóvil: — á dónde iba V...? yo lo suponía á V. con la comitiva... ¿ocurrió algo?

Esta pregunta me inspiró una evasiva.

— En efecto, — le dije — habíamos visto cruzar dos ó tres lobos hácia esta parte á pera y cavernosa de la costa, temí por la señora baronesa, y vine para avisarla.

— Ah! pues yo, — exclamó Piedad infantilmente, — al llegar cerca de las *furnas*, desistí de verlas hoy con detencion por la fatiga del viaje, y quise mejor llegar á palacio cuanto ántes, dejando para mañana la aventura.

La variabilidad de carácter era típica en aquella muger como ya me habian dicho, y se evidenciaba. Tan pronto queria una cosa, como no la queria. Piedad, era lo que llama el vulgo en su lenguaje gráfico, *una criatura mimada* — era la encarnacion del capricho: — ángel, si no se la contrariaba; de monio, si algo se oponia á sus deseos. Diríase que era un espíritu que sólo vibraba al impulso de lo imposible.

— Señor German... — prosiguió, — mañana cuento con V. para la expedicion.

Yo me incliné como el hombre más feliz de la tierra, y le dije:

— Ya sabe la señora que estoy á sus órdenes para todo.

— Si — prosiguió Piedad con volubilidad creciente, — mañana vendremos á las furnas, señor German; pero os dos sólo; y despues de afrontar el horror que inspiran, pasaremos por mar en un bote admirando las particularidades de la costa.

¡Sólos! Había dicho, los dos sólo! Yo creia que soñaba. Aquello parecia una cita, si yo no fuera su criado. Tanta impresion me hicieron aquellas palabras, que yo enmudecí por el encanto que me abstraía.

— Qué! — exigió la baronesa, — no está V. conforme, señor German?

— Ah, señoral cómo no estarlo!

Y en estas palabras, que procuré pronunciar con la mayor naturalidad, parecia que se exhalaba mi alma radiante de felicidad, como si no pudiera contentarse en la cárcel del cuerpo.

Piedad sonrió ligeramente como satisfecha, espoleó á su cabalgadura, y se lanzó á escape por el camino de Frige.

El guía la siguió con la misma velocidad.

Yo no pude imitarlo. La dicha me aplanaba. Las emociones inesperadas, conturban más á los espíritus fuertes que á los débiles.

B. VICENTE.

(Se continuará).